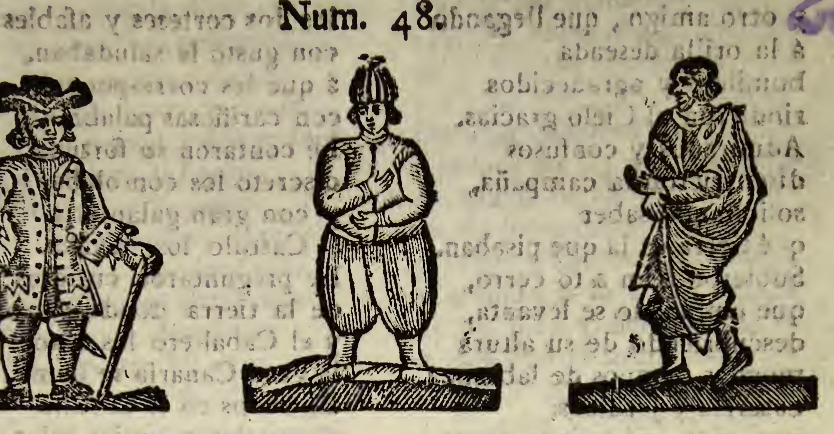






DON JAYME DE ARAGON.

ROMANCE EN QUE SE DECLARAN LOS VARIOS SUCEsos de este Caballero, siendo el mas notable el de la Calabera.

PRIMERA PARTE.

REmonte el vuelo mi pluma
hasta la region mas alta
del viento, donde lucida
brille, dando á aquesta plana
el mas feliz desempeño,
con que sea celebrada,
dando principio al suceso
mas admirable, que narra
en sus Anales el tiempo,
y las Historias pasadas.
Un noble hijo de Toledo,
á quien Don Martin llamaban,
ansioso de adelantar
los blasones de su casa,
pasó á Flandes á servir
en las tropas celebradas
del Católico Felipe,
Español y Real Monarca.
Este pundonor ardiente
le obligó á que se ausentara
de su Patria, y de la vista
de una bellisima Dama,
Prima suya, á quien atento
con fineza galanteaba,
y elegida para Esposa
tenia con dulces ansias.
Determinó amante y fino
restituirse á su Patria,
y en un Navio ligero
surcó las hondas saladas;
pero se le opuso adversa
la fortuna tan contraria,
de un temporal iracundo
que al impetu de las aguas,
en bien desechos fragmentos
desecha la Nave se halla.
Don Martin libró, valido
de la piedad de una tabla,

y

y otro amigo, que llegando
á la orilla deseada
humildes y agradecidos
rindieron al Cielo gracias.
Admirados y confusos
discurrieron la campaña,
solicitando saber
qué tierra es la que pisaban.
Subieron á un alto cerro,
que empinado se levanta,
descubriendo de su altura
muchos campos de labranza,
caserías y jardines,
con muy cristalinas aguas.
Alentados con tal vista,
del cerro al llano se baxan,
procurando refugiarse
al abrigo de las casas.
Iban los dos discurriendo
sobre su total desgracia,
quando á un lado del camino
vieron una hermosa estancia,
ó castillo muy vistoso,
y cerca de él paseaba
un bizarro Caballero,
como su aspecto mostraba;
tenia un rico vestido
con alamares de plata,
y un gaban de terciopelo
carmesí que le ilustraba,
con pasamanos de oro,
todo á la Española usanza.
Alegres los caminantes
con vista tan deseada,
le dieron gracias á Dios,
porque tímidos se hallaban,
pensando fuese de Moros
el terreno que pisaban.
Se encaminaron alegres
hacia donde el tal estaba,
el qual se paró á esperarlos,
y ya que cerca se hallaban,
los dos corteses y afables
con gusto le saludaban,
á que les correspondió
con cariñosas palabras.
Le contaron su fortuna,
discreto los consolaba,
y con gran galantería
al Castillo los llevaba.
Le preguntaron curiosos
de la tierra donde estaban,
y el Caballero les dixo:
la gran Canaría se llama.
Entrados en el Castillo
discurrieron varias salas
de muy ricas colgaduras,
vistosamente adornadas:
Dos Doncellas muy hermosas
con presteza luces sacan.
á las que mandó su Dueño
avisasen á su Ama,
que mandase disponer
dos limpias y blandas camas,
en una pieza las dos,
y la cena aderezaran.
Les pidió que se sentasen,
y él una silla ocupaba;
pero aquí experimentaron
dos cosas, cierto bien raras:
y fue, sacar una llave,
y á un criado se la daba,
el qual abriendo una puerta
que había dentro la sala,
salió de ella una muger,
y por la parte contraria
dando admiracion á todos,
vieron salir dos criadas
alumbrando á una feroz
Negra con costosas galas,
á quien dixo el Caballero
con atenciones urbanas:
Seas, mi bien, bien venida,
sientate á mi lado, amada:

á tiempo que la infelice
que ya dexo mencionada,
vestida de un sayo tosco,
y una toca corta y vasta
de lino, y en las dos manos
una Calavera infausta,
humilde baxo la mesa
se metió; donde le echaban
los huesos y desperdicios
de la mesa, y levantada
la Negra, se despidió,
sirviendola las Criadas,
y la infausta referida
salió del sitio en que estaba,
y un Criado le sirvió
en la Calavera el agua,
la que bebió, y retiróse
á la referida estancia;
con que cerrando la puerta
al Caballero entregaba
la llave, y los dos notando
variedades tan estrañas,
prudentes disimularon,
sin poder hablar palabras;
lo que notó el Caballero,
y á los dos les declaraba
el motivo que tenia
para afligir á la Dama,
diciendo en breves razones:
Sabed, pues, que á mi me llaman
Don Jayme de Aragon, siendo
de Catalana prosapia:
Mi Padre, por un disgusto
de la mayor circunstancia,
le fue preciso ausentarse
abandonando la Patria,
se embarcó, y una tormenta
con la Nave al traves daba
en esta Isla, y saliendo
á tierra, se refugiaba
en la Ciudad Capital
que llaman la gran Canaria.
Andandose paseando
vió una Doncella gallarda,
de la qual se enamoró,
y en fin con ella se casa.
Un hijo tubieron solo,
que soy yo, y viendo cifrada
de Marte la valentía
en mi juventud bizarra,
gracias le rinden al Cielo;
y quando á la edad llegaba
de los diez y ocho años,
á mis Padres suplicaba
tubiesen por bien pasase
á Flandes á sentar plaza.
Licencia me concedieron,
y con dineros y galas,
en breve tiempo me hallé
en Bruselas celebrada,
en donde Plaza senté;
y estando un dia de guardia
discurriendo en varias cosas,
con otros seis Camaradas,
á mí se acercó un Anciano,
pidiendo que le escuchára.
Apartéme, y un papel
escrito en letra muy clara
me entregó que lo leyese,
y le diese de palabra
la respuesta. Abríle al punto,
y á leerle comenzaba,
decia: Español, tu talle
junto con las demas gracias
que el Cielo te concedió,
son el motivo y la causa
para desear hablarte,
si te atreves á mi casa
vendrás, con las condiciones
que señale el que te habla;
y si no te pesará
la venida, y esto calla.
Dios te guarde: Así decia
la confusisima Carta.

Le respondí al Portador,
como yo pronto me hallaba
á obedecer del papel
las confusas circunstancias.
Me respondió : Para el logro
de este suceso ; me aguarda
aquí á las diez de la noche,
sin alguno en tu compañía.
Desprecié todo temor,
y mas, que me aseguraba
el astuto mensagero,
que riesgo no habia en nada.
Tocó las diez el Relox,
y apenas fueron tocadas,
quando en un velóz Caballo
el mensagero llegaba.
Se apeó con ligereza,
y la vista me tapaba
con un lienzo, y me asegura
que ningun cuidado traiga.
Monté en el velóz Caballo,
y el mensagero á las ancas,
empezando á caminar,
sin mirar por donde andaba.
Al cabo de media hora
ya llegamos á una Casa,
donde hizo desmontarme,
y por la mano me entraba:
Subimos una escalera,
atravesando tres Salas;
al fin de una me entregó
á otra mano delicada;
la que me entró mas adentro,
y con palabras pausadas
me mandó que me sentase,
y la venda me quitaba;
pero fue ocioso querer
conocer con quien hablaba
por que todo estaba obscuro:
Y en este tiempo la Dama
dió un suspiro, y cariñosa
estas razones relata:
Ay Don Jayme de mi vida!
tendrás por accion liviana
mi amorosa travesura,
siendo tú de ella la causa.
Tu garvo, tu gentileza,
tu bizarría y tu gala,
me estimula á executar
esta accion en todo estraña:
Aunque resistencia he hecho
procurando el escusarla,
posible, Señor, no ha sido,
porque amor buela con alas.
Para conseguir alegres
el logro de mi esperanza,
has de guardar el secreto:
sin que á ningun Camarada
reveles de este suceso
el fin, fundamento, ó causa.
Si lo callas, gozaras
mis finezas duplicadas.
Animado mi cuidado,
cobró aliento en tanta calma,
procurando por el tacto
conocer con quien hablaba,
á la que consideré
ser Venus, Diana, ó Palas.
En el Romance segundo
Juan Dionisio con voz clara
continuará este suceso,
porque la pluma se cansa.

Con licencia : En Córdoba en la Imprenta de D. Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.



DON JAYME DE ARAGON,

Y LA CALAVERA.

SEGUNDA PARTE.

PRosiguiendo de esta Historia
el discurso comenzado,
digo, que Don Jayme alegre
con el suceso pasado
de amor, pues que cariñosa
la Dama se ha demostrado
la prometió guardaría
el secreto, y con alhagos,
con ternezas y cariños
se mantuvo disfrutando
favores, que la ocasion
dió lugar sin embarazo.
Y ya que le pareció
que era justo retirarnos,
me dió un bolsillo muy grande,
advirtiendo á mi cuidado
no faltase de acudir
al puesto, donde el criado
me citó, y me señaló,
como ya dexo explicado.
Me volvió á vendar los ojos,
y tomándome la mano
me fue guiando á la puerta
por donde ya habia entrado.
Al criado me entregó,
con que baxando hasta el patio.
con sigiloso silencio
monté en el velóz caballo
como sucedió primero,
anduvimos caminando
atravesando mil calles,
venimos en largo espacio
á dar al puesto primero
en donde habia montado.
Despidióse el Escudero,
y á mi posada llegando
abrí el bolsillo y hallé
del oro mas acendrado
una preciosa cadena
del valor de mil ducados,
dos sortijas de diamantes,
y cien doblones de á quatro.

Absorto me hallé á la vista
de tan singular regalo,
dandole á mi buena dicha
gracias por lo executado.
Reconocí por las prendas,
que era persona de garvo,
con que salí á la mañana
con la cadena adornado.
Jugaba, y vestia bien,
combidaba á los soldados,
y en hosterias gastaba
sin reparar á lo largo.
Mis amigos me decian,
de dónde habia sacado,
tanto dinero y alhajas,
ó qué indias habia hallado?
Pero yo satisfacia
sus maliciosos cuidados,
diciendoles, que mi padre
de España me lo ha embiado.
Continué en la estratagema,
de doblones bien colmado,
con que empezó la malicia
á usar discursos villanos,
pues en dichos y corrillos
ya de ladron me imputaron.
Hasta que Don Baltasar,
camarada muy honrado,
en diversas ocasiones
que de mi estaban hablando,
volvió por mi como amigo;
pero ya de oir cansado,
una tarde los dos solos
que nos ibamos paseando,
me dixo: El quereros bien,
y como amigo estimaros,
me obliga aqui solamente
á que os diga, que notado
sois de todos, porque os vén
en caudal adelantado.
Discurren mil novedades,
cada uno contemplando,
de vos, dónde, ó de qué suerte
adquirís dinero tanto;
que hurtais dicen claramente,
y hallandome interesado
en tu honor, por la amistad
estrecha que profesamos,
me cabe á mí del ultraje
la misma parte: y en tanto,
á ley de amigo leal,
me has de revelar el caso.
Reíme con gran reposo,
y Don Baltasar notando
ver en risa convertido
lo serio de su cuidado,
me apretó de tal manera,
que en la amistad confiado
por no causar mas sospechas,
le dí de lo relatado
larga cuenta; á que confuso,
suspenso, como admirado,
me dixo: Cómo es posible
que ignoreis Don Jayme tanto,
que no sepais con certeza
aquella Casa ó Palacio?
Para la noche es preciso
sin que lo sienta el Criado
lleveis oculta una esponja
mojada en sangre, en un vaso,
y señalareis la puerta,
con que andando con cuidado
la casa conoceremos,
y asi fue determinado.
Llegué á la noche gozar
los deleites principiados,
y con la esponja, al descuido
dexé el puesto señalado.
Retiréme á mi Quartel,
y siendo dia ya claro,
Don Baltasar y yo fuimos
por la Ciudad, y cansados
volviendonos hacia casa
con la señal encontramos

cer-

cerca de mi habitacion
como unos noventa pasos.
Era un Palacio opulento
de un Principe, potentado,
que sola tenia una hija
viuda, un raro milagro
de belleza y hermosura,
en quien recaía el Estado
al fin de sus cortos dias;
y de todo esto informados,
aguardamos á la noche,
en que la hora llegando
monté con el Escudero
como estaba acostumbrado,
estando Don Baltasar
todo el suceso notando.
Mi Dama me recibió
con duplicados alhagos,
á quien yo le supliqué
permitiese en breve espacio,
dexarse ver; ella atenta
condescendió con agrado.
Entró á otra pieza, y sacó
en sus blanquisimas manos
una buxía encendida;
y yo atónito y pasmado,
viendo su rara hermosura
la veneré por milagro.
Ya me ves, me dixo alegre,
quiera el Cielo Soberano
no sea para perderme:
Sabe, Jayme, que me llamo
Madama Lucrecia, siendo
mi nobilisimo Estado
el Principado de Erue,
de quien Princesa me aclamo.
Mi Padre es anciano y solo,
con que heredera me hallo
de su dilatada hacienda,
y riquisimos Estados:
con ellos te colmaré,
haciendote Dueño amado
de todo lo que poseo.
Aquí yo regocijado,
con palabras amorosas
gracias le rendí humillado.
Ausentéme de su cielo,
y en mi casa sosegado
le conté á Don Baltasar
todo quanto habia pasado.
A la siguiente mañana
salimos los dos paseando,
y con juventud lozana
á las ventanas mirando,
dimos continuadas vueltas
del dia todo el espacio,
deseando ver la vista
de aquel Sol idolatrado.
Cansados hacia el Quartel
alegres nos retiramos,
y mientras Don Baltasar
entró á desnudarse al quarto,
se acercó á mí una muger
con mascarilla tapado
el rostro, y en claro idioma
Español me habló bien claro,
diciendo con gravedad
las palabras que relato:
Mal aconsejado mozo,
salte, sin mas dilatarlo,
con la mayor brevedad,
de la Ciudad sin reparo,
porque te importa la vida,
y esta noche decretado
está el fallo: Quien lo ordena
es quien mas te ha idolatrado;
de lastima esto te aviso,
y se ausentó en breve espacio.
Quedé absorto con tal nueva,
el suceso contemplando:
Dí aviso á Don Baltasar
de lo que me habia pasado
con la muger encubierta,
y los dos considerando

si sería estratagema,
unanimes aguardamos
á que cerrase la noche,
estendiendo el negro manto.
Apenas dieron las diez,
quando me fui acompañado
de Don Baltasar, mi amigo,
al puesto ya relatado.
Dieron las once y no vino
el Escudero nombrado.
Yo cuidadoso en extremo
á Don Baltasar le hago
se retire, por si fuese
al Escudero embarazo.
Apenas lo executó,
quando salen embozados
seis hombres con las espadas
desnudas, y me cercaron,
diciendo: Muere. Y apenas
este dicho pronunciaron,
quando cerraron conmigo
con un valor extremado;
mas con juveniles brios
me defendia bizarro.
Los que viendo que duraba
sin descaecer un paso,
sacó uno una pistola,
y el gatillo levantando
me disparó, sin que fuese
capaz para embarazarlo,
con tres valas me pasó
todo el lagarto del brazo.
Caí con ansias mortales;
mas Don Baltasar honrado
acudió ligeramente,
con cuyo auxilio cesaron
mis contrarios en su intento,
y en breve se retiraron.
Ayudóme á levantar,
y hacia el Quartel caminamos,
en donde con brevedad
vino á verme un Cirujano;
el que me curó al instante
con amistoso cuidado.
Ya libre de esta zozobra,
convaleciente me hallo,
y saliendo á pasearme
con mi camarada honrado
llegó el Sargento Mayor,
y me dixo con espacio:
Sepa usted, que el General
le participe ha mandado
se salga usted de Bruselas,
por estar determinado,
quien dió principio al suceso
que una vez á comenzado,
á darle fin con la vida,
y asi conviene ausentaros.
Esto me dixo el Mayor,
yo haciendo discursos varios,
dispuse, pues, mi viage,
retirandome hacia el patrio
suelo, donde despedido
de Don Baltasar me parto.
En Duquerque me embarqué
del amor escarmentado,
y engolfados en sus olas
viento en popa navegamos.
Suspendiendo Juan Dionisio
el discurso comenzado,
hasta la parte tercera,
donde dará fin el caso.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de D. Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.



DON JAYME DE ARAGON,

Y LA CALAVERA.

TERCERA PARTE.

Deseando concluir
este suceso admirable
digo que con grande gusto
surcando ceruleos mares,
arribó á la gran Canaria
el referido Don Jayme,
quien atento satisfizo
á sus Huespedes afables,
diciendo: Despues, Señores,
que concluí mi viage,
recogido en la Ciudad,
deseoso de aquietarme,
resolví tomar estado,
y en triunfos matrimoniales
unir de dos corazones
dos distintas voluntades.
Un dia ví en cierto Templo
la hermosa copia de un Angel,
de un Serafin el dibuxo,
en una hermosura afable,
en una rara belleza,
en una Venus brillante,
en una doncella ayrosa,
que asistida de su Madre,
con recato al Sacrificio
asistian venerables.
Procuré saber quien fuesen,
é informado de sus partes,
supe que eran gente noble,
aunque de cortos caudales;
que Elena (que este es el nombre
de esa muger miserable
que habeis notado) era hija
de Doña Beatriz Gonzalez,
viuda honesta y conocida
por sus partes estimables,
que sola esta hija tenia
con quien intenté casarme,
rendido á sus ojos bellos,
luceros predominantes:
por medio de un Religioso
alcancé el sí de la Madre,

y

y en Hymeneo gustoso
logré ser Esposo amante
de Elena, la que gozosa
viendo su aumento tan grande,
repitió gracias al Cielo
por tales felicidades.
Alegre vivia y gustoso
entre delicias amantes,
retirado á esta Alquería
de Flora estancia fragante.
Aqui mi alegre familia
disfrutó cariños grandes
de las dulzuras de Elena,
á quien atienden amantes.
Considerando piadoso
el estado miserable
en que la fea pobreza
trae á hombres principales:
Un primo de mi consorte,
deseando adelantarse,
siguió las letras atento
con intencion de ordenarse;
notando su buen intento,
piadoso á casa le trae
mi generoso cuidado,
porque en ella procurase
adelantar y lograr
sus deseos vigilantes.
En mi casa asistió el fiero
desagradecido infame,
causa de todas mis penas,
y archivo de mis pesares:
viviendo yo descuidado
de zozobras y de males,
seguro de que lograba
de amor el laurel triunfante,
sucedia algunas veces
de venirme varias tardes
á la Ciudad, donde en ella
quatro ó seis dias cabales
me detenia sin ver
á mi Esposa tan amante.
Quando volvia la hallaba
toda llena de pesares,
maldiciendo de la ausencia
las causas inevitables,
y con lagrimas regaba
de un lienzo la blanca margen.
Por ocupacion precisa
me fue fuerza el ausentarme,
y estarme cerca de un mes
cuidando de mis caudales;
quando volviendo á esta Quinta
á la vista de mi amante
Esposa. la que alhagueña,
embozando falsedades,
me echó los brazos al cuello,
maldiciendo el dilatarse
tanto mi vista á sus ojos,
y yo siempre mas constante
la consolaba, y alegre
procuraba desvelarme.
Un dia que descuidado
me hallaba, me llamó á parte
esa Negra, que habeis visto
con aparato tan grave,
la que me dixo: Señor,
cierto no quisiera darte
sentimiento ni disgusto,
pero nó quiero ocultarte
la maldad mas horrorosa
que me precisa esplicarte.
Sabe, pues, que mi Señora,
ciega, torpe é ignorante,
viciosamente te ofende,
manchando tu honor brillante
con su Primo, quien ocupa
tu lecho quando tu haces
ausencia, y en deshonestos
deleytes los dos contraen
el delito mas atroz
que yo puedo declararte.
Oyendo tales razones,
estuve para quitarle

la

la vida á la precursora
de mis precisos pesares.
Le mandé que con silencio
lo que me ha dicho ocultase,
mientras yo de mi venganza
fomentaba la admirable
forma; y asi en breve tiempo
al infiel y vil amante
quemé vivo, y la cabeza
le corté, porque aumentase
mas crecido el sentimiento
á la autora de mis males.
Despedí algunos criados,
y á mi Esposa aleve infame
desnudé de sus vestidos,
y aderezos de diamantes,
reduciendola á lo estrecho
del adorno que notasteis,
y aquella funesta sombra
dispuse que la acompañe
en la muerte, pues fue en vida
ella quien pudo agraviarme.
Pague, pues, su liviandad,
y falta de fé constante.
A la Negra la hice dueña
por su lealtad tan grande,
de joyas, galas, preséas,
y el mas precioso homenage:
ésta goza mis caricias,
ésta logra eternizarse
en el templo de mi fé,
como su divina imagen.
Este es, nobles Caballeros,
el suceso formidable,
la mas peregrina historia,
y el caso mas admirable.
Estando en estas razones,
de improviso oyó quexarse
con descompuestos clamores,
y desentonados ayes,
á la Negra referida,
la que con ansias mortales,
cercada de confusiones,
y con fieros ademanes,
alborotaba la casa:
acudió en breve Don Jayme
á ver á su Negra dama,
la que con voz formidable
dixo: Atiendanme, Señores,
sepan el delito grave,
el mayor desatentado
que ha podido imaginarse:
yo soy la que pretendí
lograr los vicios carnales
con aquel desventurado,
á quien acusé de amante,
y por mi causa murió
del fuego á las impiedades,
por haber yo sin acuerdo
contra la opinion brillante
de Elena, hablado engañosa
manchando su honor triunfante,
siendo clara como el Sol
entre confusos celages.
Falso testimonio fue,
levantado por vengarme
de ella, porque rigorosa
impidió mis liviandades.
Elena es honesta y casta,
Elena es de virtud grande,
Elena es Matrona digna
de alabanzas inmortales:
por mi padece sin culpa,
pague yo, pues erré antes:
por Dios el perdon te pido
á tí, engañado Don Jayme,
para que pueda gozar
de los bienes celestiales.
Don Jayme viendo el suceso,
con colera formidable
quiso matar á la Negra,
mas los huespedes afables
le estorvaron cometiese
desatentado tan grande.

Par-

Parten en busca de Elena
con presteza vigilante,
abren las puertas del corto
aposento, donde yace:
la hallaron (qué gran dolor!)
difunta (duros pesares!)
con las manos sobre el pecho,
en un reposo suave,
y la infausta Calavera
á su lado; mas Don Jayme,
con ternura y confusion
se abrazó con el cadaver
de su difunta consorte,
diciendo palabras tales
que movian á compasion
los endurecidos jaspes,
ayudando al sentimiento
sus Criadas y sus Pages,
y el resto de la familia,
que estremecian el ayre.
Los huespedes admirados,
con razones elegantes
á Don Jayme consolaban
procurando asi aliviarle.
A este tiempo dió la Negra
fin á su vida cansable,
y Don Jayme con dolor
dispuso el Cuerpo llevasen
de Elena á darle sepulcro
á la Ciudad, y con piedades
catolicas, religiosas,
las Exequias funerales
le hicieron con sentimiento
de estraños y naturales
que supieron el suceso,
con admiracion notable.
Los huespedes generosos
al liberal hospedage,
agradecidos y atentos
gracias le dan á Don Jayme,
quien liberal como experto
en casos tan admirables,
les asistió cariñoso
contra las necesidades.
Cerca de un mes estuvieron
esperando el embarcarse
á España, y en la ocasion
de una Genovesa Nave,
asistidos de dinero,
ropa, y demas equipage,
de Don Jayme se despiden
pidiendo que les mandase,
que prontos los dos estaban
para obedecerle afables,
dieron las velas al viento,
rompiendo tersos cristales.
Don Jayme desengañado
de los referidos lances
viendo del mundo engañoso
los efectos miserables,
su hacienda repartió á pobres
liberal, pio y constante,
y en un Convento dichoso
de Recoletos del Carmen
tomó el Habito bendito
sirviendo á Dios inefable.
Dando aqui fin Juan Dionisio
á aquesta tercera parte,
y pide que le perdonen
los yerros por ser muy grandes.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de D. Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.